



las muchas colonias fundadas por los hebreos desde el siglo VIII y VII antes de Cristo, no habiendo vivido Sócrates hasta el siglo V. Esto mismo concluiremos examinando profundamente la naturaleza é indole de las sectas griegas y su comparacion con la predicacion de Cristo en el terreno dogmático y moral. En cuanto á la secta de los epicúreos, que, dicho sea en honor de la verdad y en mengua de la razon humana, fué la que tuvo más prosélitos, no cabe duda ninguna, lo mismo que respecto de los peripatéticos; pero el panteísmo y el fatalismo de los estoicos en el orden dogmático, la soberbia y extraordinario egoísmo en el orden moral, siendo ejemplos elocuentes de esto el mismo Séneca y especialmente Epicteto, de donde provino el desprecio de la predicacion cristiana hasta el extremo de no haberla abrazado apenas filósofo alguno estóico, lejos de tener algo comun con la doctrina de Cristo, fué un obstáculo muy tenaz para su propagacion. Lo mismo diremos del platonismo, no obstante su indole espiritualista que la daba mayor afinidad con la doctrina de Cristo, por las diferencias casi infinitas y contradicciones radicales que existen entre la doctrina que coloca el destino del hombre, su perfeccion y felicidad en una estéril contemplacion de las esencias y la doctrina toda práctica y basada en la humildad que atribuye la salvacion de los hombres á los méritos del Redentor, lo cual repugna principalmente al pitagorismo. Es digno de notarse que el platonismo y el pitagorismo versan, sobre todo, en la agregacion de cierto sistema de propia invencion á las nociones religiosas derivadas de la tradicion antigua, ó en querer explicar y defender de algun modo las ideas conocidas y comunes en el pueblo: no es, pues, extraño, que en estos como en los antiguos poetas ocurran muchas semejanzas con la doctrina mosaica y cristiana. Por eso Aristóteles designa irónicamente con el nombre de teólogos contrapuesto al de filósofos. Por otra parte, la filosofía griega mezclada con sistemas orientales en la escuela alejandrina, ó persiguió al cristianismo con todas sus fuerzas ó intentó desfigurarlo con innumerables sectas de los herejes gnósticos que hacian vanidad de entender perfectamente las cosas divinas, teniendo por lema la frase comun de *omnia novimus*, todo lo sabemos; y en verdad que lo hubieran conseguido si los Apóstoles, celosos ministros y legados alertas de Dios, no hubieran dado sábias y frecuentes instrucciones á los fieles y obispos contra aquella filosofía y vana falacia, como la llama San Pablo (1). Debemos, pues, tener á la vista este hecho cuando suele explicarse la doctrina y propagacion de la religion cristiana por la evolucion natural de las cosas existentes á la sazón; á saber, que fué perseguida por la autoridad civil y por la filosofía especialmente, como que vino á destruir é innovar por completo el estado social segun se hallaba constituido y las opiniones recibidas de los filósofos. De donde las antiguas apologías

(1) Colos., 11, 8, 3, 4; 1 ad Cor., VIII, 1 á Tim., 1, 4, IV, 7; 2, Tim., II, 23; Prov., II, 6, Sap., XIII, 1.

de los Padres casi todas no hacen otra cosa que comparar la sabiduría de las gentes con la sabiduría de Cristo y condenar enérgicamente la filosofía. En efecto, de las revoluciones de los pueblos y disputas de los filósofos, de la confusion y miseria general de los hombres de diverso origen en las cosas especialmente religiosas y sociales, se abrió camino algun tanto para el cristianismo; pero esto no prueba más que su origen y virtudes sobresalientes, por haber hecho lo que ningun sistema pudo hacer y ordenado todo lo que era imposible de ordenar por los hombres: quiso Dios fundar el cristianismo en tal tiempo y de tal forma, que fuera una verdadera antítesis de todo lo existente y elegir *lo bajo, lo despreciable y lo que no existe para destruir lo que es, y como los judíos pedían señales y los griegos buscaban sabiduría, los apóstoles ninguna otra cosa predicaban fuera de Cristo, y éste crucificado*. Si alguno en la predicacion cristiana hubiera vislumbrado al principio el sistema filosófico de los griegos, bien pronto saldría de este error cuando se instruyese en aquella *unidad de Dios vivo y personal, creador de todo, que obra inmediatamente en las cosas de los hombres, que existe en tres personas verdaderamente distintas y de la misma naturaleza simplicísima é inseparable*, concebidas no por metáforas ó abstracciones, *la idea concreta del pecado y de la redencion* y otras muchísimas verdades de este género, que *para los judíos eran escándalo y necesidad para los griegos*. Estas cuestiones deben dilucidarse *ex facto*, no por hipótesis preconcebidas en las que tiene gran cabida el ingenio; más fe merece un San Pablo, que conocia muy á fondo el estado del judaísmo y del helenismo, que los racionalistas modernos que fingen un estado diverso y deducen de las antiguas doctrinas consecuencias que ni ellos mismos habian deducido al abrazar aquellas.

Respecto del espíritu judaico en tiempo de Cristo, diremos casi lo mismo. La religion hebrea fué en verdad base de la doctrina cristiana y su preparacion y tipo; pero Cristo añadió mucho, ó del todo nuevo ó mejor explicado, animándolo de un *espíritu nuevo* muy distinto y aun contrario del *espíritu judaico*. Este en aquella época nació paulatinamente y de muchas causas, pero principalmente de la cautividad babilónica y la subsiguiente sujecion, primero á los persas, despues á los sirios seleucidas, y por último, á los romanos, por la cual un sólo sentimiento ocupaba el corazon del pueblo entero, el odio á las naciones y el espíritu de venganza. Entonces comenzó Israel á amar su propia ley y se constituyó plenamente bajo el régimen teocrático á su regreso de la cautividad; pero al poco tiempo, muertos ya aquellos santos varones que procuraron la restauracion y faltando los profetas, se convirtió aquella estimacion de la ley en especie de idolatría, por la que se adherían á la letra desnuda olvidando su espíritu: de ahí que fundadas las sinagogas ya en la Palestina por defecto de la viva voz de los profetas, ya en las colonias donde no podian cumplirse en gran parte los ritos sagrados, alcanzaron los escribas ó rabinos y los doctores de la ley una autoridad su-



prema y se llenaron de una vanidad soberbia, como se colige del Talmud, que pinta con exactitud el estado de los ánimos y de las opiniones en aquella época. Así es que prosiguieron con mayor observancia la forma de la ley, cerrando la puerta á la idolatría y demás crímenes abominables; pero satisfechos con la forma, perdieron aquel espíritu de humildad y compuncion, que bajo la terrible voz de los profetas obligaba á los antepasados á dar golpes de pecho, á gemir y derramar lágrimas de corazon y á pedir á Dios perdon y auxilio con plena ingenuidad y rectitud de ánimo. Pero todo esto, que conviene principalmente á los fariseos, no provino de la influencia doctrinal eterna, sino espontáneamente de las circunstancias y de la indole de los hebreos.

En verdad todos los artículos doctrinales que suelen atribuirse á la influencia pérsica, fueron mucho anteriores entre los hebreos, y en la Persia probablemente fueron posteriores á Ciro: el Bundehesch demuestra hasta la evidencia que el antiguo mazdeísmo sufrió variaciones en el sentido judaico y cristiano. Salvos algunos símbolos nuevos, algunas descripciones tomadas de la civilizacion propia de los caldeos y de los persas, tal vez algunos nombres de los ángeles, ninguna otra cosa copiaron de ellos los profetas posteriores, ni trocaron en lo más mínimo el espíritu ó doctrina mosaica. La resurreccion fué considerada siempre como el complemento de la segunda vida, y aun cuando hubiera sido revelada á los hebreos de una manera expresa, la hubieran deducido fácilmente de la vida de Enoch y Elias, (1). En vista de esto, apenas se concibe que los hebreos no pudieran entender el dogma de la inmortalidad del alma, tan vulgar entre ellos; lo cual se demuestra además por las argumentaciones de Cristo contra los saduceos, que al negar la *resurreccion de los cuerpos*, entendieron el argumento por la *inmortalidad del alma*, porque entre los hebreos ambas cosas eran idénticas, con cuyo argumento les condenó Cristo á perpetuo silencio (2).

El estado miserable de la ciudad hebrea, especialmente despues de los tiempos de Alejandro, dió márgen á tres clases de direccion de los espíritus entre los hebreos: unos, no pudiendo evitar los males se procuraron una vida feliz en cuanto era asequible en este mundo, como los saduceos; otros, desconfiando de todo y aceptando el influjo de una externa teosofía, abandonaron el pueblo y la ley y se acogieron á los desiertos, como los essenios; otros, finalmente, participando de los sentimientos religiosos y patrióticos del pueblo, pero llevados hasta la exageracion del fanatismo, constituyeron aquella clase de hombres que representaba el estado verdadero del judaísmo, y tenidos en gran estima por el pueblo lo dirigian todo con rectitud, aun cuando huyese de ellos la suprema potestad civil y sacerdotal. Tales eran los fariseos (santos, separados, perfectos). Josefo compara los saduceos con los epicúreos, los fa-

riseos con los estóicos, y los essenios con los pitagóricos; pero existen muchas diferencias entre ellos: la pintura que de los essenios y de los terapeutas vagantes en el Egipto hacen Josefo y Filon, tiene mucho de imaginaria, habiendo contribuido no poco esta consideracion á que varios escritores cristianos, algun tanto alucinados, tuviesen á los hebreos de esta época por varones santísimos y dotados de perfeccion cristiana.

Empero los saduceos descendientes del rey Toadoc, discípulo de Antigono de Soccho, admitian ciertamente un Dios, pero negaban su providencia, la inmortalidad del alma, la resurreccion y las tradiciones farisaicas, aunque se acomodaban á ellas *in specie*, cuando desempeñaban cargos públicos como el sumo sacerdocio, lo cual sucedia frecuentemente: tales fueron los sumos sacerdotes y príncipes que persiguieron á Jesucristo y los Apóstoles. Casi incrédulos y epicúreos bajo el punto de vista religioso, estaban sujetos bajo el político á una dominacion extraña, víctimas de un egoísmo relajado, y partidarios del sistema *mayorem partem sequere*, ceder siempre al vencedor. Así es que llegaron á someterse á la odiosa familia de los Herodes, no habiendo merecido por parte de Cristo ninguna estimacion, pues no le concedieron más generosidad que la que suelen prestar aquellos que esperan sacar de los demás algun partido en provecho propio.

Es indudable que el essenismo, lo mismo que el pitagorismo nació de la teogonia oriental, si bien no consta quién fué su fundador, ni qué libros pudo registrar: así nos lo demuestran sus ritos pitagóreos; el olvido de la religion nacional en que incurrieron al abandonar el templo, el sacerdocio y los sacrificios; la introduccion de las tres clases ó estados; la abolicion absoluta de toda desigualdad; la ineptitud en que cayeron al pretender reformar el mundo contra el espíritu de la religion de Cristo, no considerando el desierto como preparacion á la guerra, sino como refugio para evitarla; la comunidad de bienes como regla perpétua, no como señal de fervor, á ejemplo de los neófitos que todo lo abandonan por el apostolado; la condenacion absoluta del matrimonio y sus repetidas lustraciones como si las inmundicias del alma proviniesen del contacto de una materia sucia; la adoracion del sol acaso como símbolo de la divinidad; la negacion de todos los libros posteriores al Pentateuco; finalmente, el empeño de obtener la salvacion sin aplicar otros medios que la contemplacion y las lustraciones, olvidando ó rechazando, por consiguiente, el dogma de la redencion por el Mesías. De ahí que no se hace mencion de ellos en el Nuevo Testamento, y mientras se decidia en Jerusalem la suerte de la humanidad, los essenios se entregaban á sus sueños solitarios en el desierto occidental del Mar Muerto.

Los fariseos, herederos directos de aquel judaísmo dominante y fervoroso en tiempo de Nehemias y de los primeros macabeos, observaban los dogmas siquiera principales de la ley, aunque adulterados con algunas supersticiones populares, sustituyendo el cálculo al antiguo fervor, y la devocion teatral á la ver-

(1) Job., XIX, 25.
(2) Mat., XXII, 31, 34.



dadera piedad. La santidad les servía de medio para aumentar su hipocresía y ostentación, porque era una santidad exterior manifestada voluntariamente en los vestidos, en las membranas que ataban á la frente para orar (phylacteria), en los remates bajos de sus vestiduras (fimbria), en las oraciones y limosnas hechas públicamente, en los dos ayunos semanales, en la locion de las manos, de los platos y los vasos, en colar el mosquito mientras tragaban el camello, como les observó Cristo, en el diezmo del eneldo y la yerba-buena, en el adorno de los sepulcros de los profetas, y otras cosas por el estilo. Algunos, especialmente de la clase popular, llevados del odio á las naciones extrañas y del espíritu de venganza que anhelaban practicar bajo el Mesías, pésimamente concebido, prestaron su nombre al fariseísmo; pero generalmente considerada esta secta, no tenía otro sabor que la letra de la ley, su forma externa, las ceremonias, confundiendo la religión con la propia utilidad, buscando esta mediante aquella, que es la mayor de las profanaciones. Entre otros dichos usaban los siguientes: «fortifica la ley con nuevas pruebas (es decir, con adiciones y ceremonias innumerables que impidiesen su trasgresión), y adquiere muchos discípulos»; «la tradición es el freno de la ley»; «hay tres coronas, la de la ley, la del pontífice y la del rey; mas la superior es la corona del rey»; el Thalmud debe leerse doblemente que el Thorah; «ten por norte á tu maestro, para que no incurras en dudas»; el que olvida un sólo punto de la doctrina, corre riesgo de perderla; «cada israelita vale en presencia de Dios más que todos los pueblos pasados y futuros»; «la ley creada por los israelitas durará por los siglos de los siglos; ningún profeta tiene derecho á inmutarla en lo más mínimo.» Todos estos apotegmas, fácilmente se desprende que distan mucho de una verdadera adoración en espíritu y en verdad, de la voluntad de salvar á todas las gentes, y del espíritu de aquel que no vino á buscar justos sino pecadores. La doctrina moral en parte, consta de lo dicho anteriormente, sobre todo acerca del fin bajo que se proponían en los buenos actos; es decir, la recompensa temporal á que se creían con derecho por un cuasipacto entablado con Dios en virtud, del cual y de la alianza celebrada con Abraham, quedaba obligado para con los judíos (1). De ahí que ensalzaban demasiado el valor del rito estérno, contra el espíritu de la ley, instaban con ridiculez la observancia del sábado, fundaron un enojoso formulario del cual ocurren algunos ejemplos en el evangelista San Mateo (2), cuidaban de la fe meramente especulativa, cuyo principal mérito consistía en no olvidar nada y conservar una árida ortodoxia y un formalismo muerto. Hay en verdad algunas sentencias excelentes de los fariseos, especialmente de Hille, pero esto nada prueba contra el carácter general de la secta, y además todas se encuentran expresa ó implícita-

(1) Mat., III, 9.
(2) Ib., XXIII, 16, 22.

mente en los libros del Antiguo Testamento. Consta, pues, que todo lo que enseñaban comúnmente los fariseos y doctores de la ley, fué las más veces ortodoxo, y no atacó materialmente la ley, pero sí el espíritu de la misma, dando pacto á los sentidos brutales del ánimo, practicando una vida llena de soberbia ó hipocresía (1). Ciertamente, si alguno quiere medir la distancia entre el espíritu del fariseísmo y el espíritu y doctrina cristiana, lea con atención en el citado capítulo de San Mateo las agrias reprensiones de Cristo, condenando al fariseísmo á un perpétuo oprobio; compare el evangelio con el Thalmud; reflexione finalmente la cruz que separa el espíritu de ambas doctrinas. Todo esto demuestra que Cristo no debió encontrar más que una abierta oposición al judaísmo de su tiempo, aunque no faltasen varones, pocos en número, de piadoso corazón y buena voluntad (2), debido en primer término á la gran influencia que ejercían los doctores de la ley y los rabinos, los cuales, si hoy son objeto de desprecio y llamados por algún adversario *pedagogos*, no eran así considerados en la época de Cristo; por lo cual su carácter lego y popular, su estilo sencillo y la falta de educación rabinica no debieron favorecerle en nada para los hábitos y preocupaciones de aquella edad (3).

Resta que digamos algo de Filon, del cual aseguran muchos que Cristo, ó al menos los primeros cristianos, derivaron muchas doctrinas. El judaísmo alejandrino, no tan oprimido por los extraños, sufrió ménos la influencia de las diversas circunstancias que dieron al judaísmo palestinese un carácter y espíritu meramente exterior, pero en cambio recibió una gran trasformación del sincretismo alejandrino, entonces dominante. En efecto, en los tiempos anteriores á Cristo se nota una tendencia mayor al estudio teórico y metafísico de la ley, especialmente en el libro de la Sabiduría; pero esto nada dice contra la ley y su ulterior evolución profética ni contra la sincera tradición; las acusaciones contrarias de platonismo son exageraciones de los protestantes, cosa fácil de advertir registrando los pasajes que son objeto de la discusión (4). Pero en Filon hallamos un platonismo absoluto, concebido en palabras y fórmulas y en símbolos tomados de los libros de los judíos. Para Filon Dios es un ente abstracto, elevado sobre la *unidad, verdad y bondad*. El mismo, ni creó el mundo libremente, ni puede cesar de producir; la materia no proviene de él, porque es eterna y ordenada por Dios, *mediante los ángeles: él rehúsa su contacto*; mas estos ángeles son la personificación de las ideas, cuyo complemento es el Verbo (5); es decir, que el mundo intelectual no es otra cosa que el verbo de Dios, creador del mundo. El lugar divino está lleno de verbos incorporales; de modo que, siendo estos verbos los ángeles, personificaciones

(1) Mat., XXIII, 2.
(2) Luc., II, 14.
(3) Joan., VII, 15.
(4) Sap., VIII, 6, 20; III, 13; IX, 15; VII, 27, 304
(5) Vit. contemp., I, Leg. Alex., I, 3; II, 1.



de las ideas, no hay ningún verbo personal, y nada se encuentra aquí común con la doctrina de Juan. El mal no procede de la voluntad, según Filon, sino que es intrínseco á la materia, y por lo tanto á la criatura, en cuanto participa de aquella; por lo cual el hombre no fué creado inmediatamente por Dios sino por su *potencia*, es decir, otra emanación de Dios. El hombre debe procurarse el bien mediante la lucha con la materia por la continua contemplación, etc.; de modo que todo es aquí oriental y neoplatónico. Luego, en sus comentarios, interpreta los vestidos sacerdotales como el tipo de la creación, la ley como una especie de mito inmenso; jamás abandona la metafísica, todo lo sujeta á tortura, todo lo violenta, los nombres, los números, hasta la misma letra. Así Filon se ve obligado á negar la moral; el Evangelio entero consiste en la reforma moral de los hombres; aquel, ni quiere ni puede admitir la redención; este, sin la idea de la redención, no tiene valor; Filon niega que Dios pueda adherirse en manera alguna á la materia; el Evangelio empieza así: *et Verbum caro factum est*; según aquel el verbo es cierta generalización de las ideas; según éste, *Verbum erat apud Deum et Deus erat verbum*; de la doctrina de Filon hubieran podido nacer los terapeutas (casi idénticos á los *essenios* ó *esenes*); del Evangelio nacieron aquellos cristianos, por los cuales el Espíritu Santo renovó la faz de la tierra.

Por consiguiente, dentro de Palestina ejercía en materia de religión su dominio la letra sobre el espíritu, el odio á las demás naciones, la idea de un Mesías varón y guerrero que sujetaría todos los pueblos al judío y obligaría á ofrecer dones y tributos á sí mismo y al templo, de modo que los israelitas abundasen en riquezas. Tal es la pintura que del sentido y aspiraciones de los judíos se hace en el libro judaico de los versos sibillinos en el libro de Enoch, en el salterio de Salomón y otros apócrifos, en el Talmud y donde quiera que se trata del espíritu judaico de aquella época. Fuera de la Palestina influyó el platonismo, por medio de la escuela principalmente alejandrina, de la cual salió toda aquella caterva de gnósticos y herejes que existieron en los primeros siglos de la Iglesia. Hubo algunos, como Josefo, que, amantes de un patriotismo moderado, pero poco interesados en los asuntos de la religión, intentaban un medio de unión con los romanos; otros, como aquel Júdas gaulonita que menciona el cap. V de las Actas, creyeron ver su Mesías y la libertad del pueblo en la familia de los Herodes, por lo que son llamados en el Evangelio *herodianos* y *zelates*; varios buscaron medios parecidos hasta el celeberrimo Barcoqueba; pero todos fueron enemigos de Cristo, y de común acuerdo se empeñaron en perderle (1). Todo esto explica suficientemente por qué los magnates de los judíos en general y la nación judaica como tal no reconoció á Jesús; se lo impedían sus preocupaciones y la dificultad de hacer violencia á sus pasiones.

(1) Mat., XXII, 15.

Pero se explicaba la ley y se practicaban algunas ceremonias religiosas en las sinagogas, lugares destinados al efecto, en los que á la lectura de la ley de los profetas sucedía alguna exposición ó piadosa exhortación del presidente ó de otro que estuviese facultado para ello, cuyo cargo solía otorgarse por obsequio á los hermanos peregrinos. Estas costumbres sirvieron de ayuda á los apóstoles, teniendo en cuenta su sistema de predicar, primero á los judíos y despues también á los gentiles donde quiera existían judíos, y en cuanto á las *sinagogas* fueron la norma para las primeras *iglesias* de los cristianos (1). El proselitismo de estas sinagogas y de los fariseos contribuyó no poco á que muchos de los griegos y romanos abrazasen la religión hebrea; de ahí la división entre *judíos de origen*, que hablaban la lengua de Aram (hijo de Sem, nieto de Noé), helenistas habitantes en las colonias, que usaban el griego, y prosélitos que se distinguían también en dos clases, según su grado de fe y de cultura religiosa. Se propagaron por la cautividad asiria, y más tarde por la Media y la Persia, la India y el imperio sinense; aceptaron la religión mosaica los idumeos, itureos y moabitas; dos siglos antes de Cristo profesaba esta religión el rey de la Arabia meridional. El Egipto, el Asia Menor, las islas del Mediterráneo, el Africa, la Europa, estaban llenas de judíos comerciantes, especialmente en las ciudades principales, tanto, que Brotier admite hasta el número de cuatro millones de hebreos existentes fuera de Palestina. La Divina Providencia dispuso las cosas de tal manera, que las gentes se preparasen á recibir el feliz nuncio, y los Apóstoles de Aquel que moró en la tierra y pasó por ella haciendo bien, encontrasen hospedaje y puntos de predicación (2).

NOCION DEL CÁNON: LIBRO CANÓNICO Y DIVINO: DE DÓNDE CONSTABA ESTO EN LA ANTIGUA Y NUEVA LEY: LIBROS PROTO Y DEUTEROCANÓNICOS: OTRA DIVISION: DOCTRINA DE LA IGLESIA: LIBROS APÓCRIFOS.

Se llamaba *cánon* en los primeros siglos de la Iglesia, al catálogo de los libros que en las reuniones públicas de los cristianos se leían como escritos por disposición divina; á la manera que los judíos leían cada sábado en las sinagogas una parte de la Escritura, así los primeros cristianos en sus juntas daban lectura de los salmos, profecías, etc., y más tarde, de los libros escritos ó aprobados por los Apóstoles para culto, edificación ó instrucción. Este catálogo ó índice se decía *cánon*, porque servía de regla á los cristianos para discernir los libros sagrados de otros que si bien por su sana y piadosa doctrina se leían en los templos, no habían sido declarados á juicio de la Iglesia como inspirados por Dios, y de aquellos que como expúreos y heréticos no podían leerse. Mas como los libros incluidos en el cánon son también verdadera *norma* ó *regla auténtica*

(1) I, Cor., XI, XIV.
(2) Act., X, 38.